FF 50 175

Hola, buenas noches, miércoles 13 de marzo y esto es Revista de Filosofía. Revista de Filosofía, un programa de la sección de Filosofía de la UNED que coordinan Francisco Martínez y Antonio Santes Mases y que os acompaña como todos los miércoles a esta misma hora. Vamos a continuar ocupándonos hoy de un personaje al que dedicamos nuestro espacio la pasada semana, Manuel Lazaña.

Nos referíamos a la figura política de Lazaña a partir de un libro de Santos Juriac, Catedrático de Historia del Pensamiento aquí en la UNED. Un libro que acaba de salir y que se llama Manuel Lazaña, una biografía política. Y al hilo de este libro comentaremos con Santos Juriac, comentará Antonio Santes Mases, que también va a acompañarnos hoy, la idea de República de Lazaña, una república democrática que intenta transformar la política militar, la política religiosa, la autonómica, pero que no logra cambiar las relaciones de propiedad ni los fundamentos socioeconómicos de la sociedad.

Buenas noches, tenemos hoy con nosotros también al profesor Santos Juriac y con él vamos a seguir hablando de este magnífico libro, Manuel Lazaña, una biografía política del Ateneo al Palacio Nacional. Bueno, el otro día hablábamos de ese liberalismo de Lazaña, de ese Lazaña representante de una clase media, profesional, que tiene un discurso y tiene una práctica y tiene una idea de la república después de muchos años de encogimiento, de ensimismamiento, de una república donde pudieran estar integradas tanto la burguesía liberal como el proletariado. Dedicamos el otro día un cierto tiempo a hablar de los problemas de esa burguesía liberal en relación al catolicismo político y en relación a la burguesía de intereses, al capitalismo español de la época.

Comendría quizá hablar ahora de los problemas vinculados a la otra clase que tenía que sostener la república, el proletariado. Parece que ya desde el comienzo un sector del proletariado, igual que Lazaña hablaba de la escisión de las clases medias, también en una escisión sindical estaba en contra de la experiencia republicana, experiencia de la CNT, más bien pensaban en la destrucción de la república, que incluso había esas caricaturas tan terribles, de un Lazaña sediento, de sangre obrera, que se unían a los que le llamaban tirano, dictador, hombre ofuscado, etc. Pero quizá más interesante, no es sólo los que pensaban en una revolución social, sino la escisión, el debate que se va a dar en el seno de los socialistas, que Santos Juliá lo conoce muy bien por haber dedicado bastantes libros al asunto, incluso una historia del socialismo español del año 31 al año 39.

Entonces, bueno, no fue de alguna forma amargo para Lazaña que al terminar la coalición republicano-socialista del año 33, de nuevo le tuviera que decir a Le Rousse en las cortes no se preocupe, su señoría, que mi horóscopo está claro, yo en la oposición no soy nada. No fue tremendo ser nada, incluso tener que salir por Bilbao para que no saliera su Gazagoitia, que le llevara Prieto por Bilbao, ¿no es eso significativo de la falta de bases sociales propias, por lo menos en el año 33, de ese proyecto de Lazaña? Efectivamente, yo creo que sí, que además

Lazaña pasa ahí un momento dramático y vuelve a sentir, dice él, el tirón de lo privado, del rincón casero que hablaba, se da un hartazgo de lecturas atrasadas, vuelve a recuperar sus viejas costumbres de paseante y de personaje solitario muy en el círculo de sus verdaderos e íntimos amigos, porque el proyecto republicano, primero, que consistía en mantener en coalición a los sectores de la clase obrera moderada, reformista, aunque tuvieran sus objetivos en el socialismo, pero en fin, fiel a la república y que había aceptado la democracia y el parlamento, la coalición de este sector de la clase obrera, representada por el Partido Socialista y la UGT, con los sectores de las clases medias y liberales representados en los partidos republicanos. Cuando eso se hunde en 1933, a finales de 1933, pues Lazaña se queda verdaderamente sin política.

Y no solo sin política, sino que como tenía un partido muy reducido y él, por sí mismo, no era políticamente, no tenía una base social y política propia, pues se queda reducido a nada, a cinco diputados en las cortes de 1933. Ya sé que al profesor Santos Julián no le gusta nada estas preguntas que le voy a hacer, pero no hay más remedio. Igual que no le gusta nada valorar, digamos, parece que le sale de la perspectiva del historiador, igual que la otra vez, el otro día preguntábamos sobre la impolítica política religiosa de Azaña y si podía haber hecho otra cosa.

De alguna manera, aunque sea en perspectiva y aunque sea teniendo que ponerse de una forma supratemporal, suprahistórica y teniendo que juzgar, ¿era inevitable esta radicalización de los socialistas en el año 33, año 34, dada la fuerza de la CNT, o hubieran podido, con otra dirección política quizá más fuerte, no haber llegado a esa división? No, yo creo que no. Los fenómenos políticos nunca son completamente inevitables. A los socialistas lo que les ocurre en 1933 es que interpretan su salida del gobierno como una traición republicana.

Y esa traición que ellos piensan que los radicales, y después los partidos republicanos más moderados han cometido, se suma a anteriores experiencias que ellos han tenido también con la conjunción republicana y con el abandono de los republicanos en los momentos más dramáticos. Y entonces, en un momento de gran movilización sindical, de sindicatos con una enorme fuerza, de expectativa revolucionaria, de gran movilización en las calles, de política, de mítines, etc., pues interpretan su salida del gobierno como paso previo para la conquista de todo el poder. Y al hacer ese salto, no salen del gobierno para volver a él a través de elecciones, salen porque son víctimas de una traición, y en un momento de gran movilización a esa traición solo se le puede responder con un asalto al poder.

Y entonces optan por la vía insurreccional. Y ahí viene octubre del 34. Y ahí viene efectivamente octubre del 34, que no es solo eso, es también la cuestión catalana.

Y ese hazaña que dices tú, contrabandista en Asturias, rebelde en Barcelona, le acusan poco menos de haber apoyado el alzamiento militar o la insurrección militar de octubre del 34 en Asturias, cosa que parece claramente falsa. ¿Pero qué hace en Barcelona él? Porque tú ahí explicas también una presencia nunca demasiado explicada. Él está allí, casi le dicen que es mejor que se quede por allí, pasa ese tipo de vida que a la vez tiene cierto encanto, ¿no? Ese

tipo de tertulias, esas tertulias hasta las 2 o las 3 de la mañana en el hotel.

Entonces ese hazaña como, de alguna forma, un hombre con su experiencia política queda, digamos, en esa situación tremenda de que tenía que llegar un coche que no llegó, hazaña estaba esperando, por fin pudo encontrar un lugar donde acogerse, un piso donde esconderse. ¿Qué ocurrió exactamente? Es cierto que tú explicas también muy bien que él tenía una gran pasión por Cataluña y sobre todo que Cataluña pensaba que si alguien en la República había entendido el problema catalán era hazaña. O sea que hay que dar, por supuesto, a los oyentes la relación que había entre Cataluña y Hazaña, pero octubre del 34.

Claro, Hazaña es el autor real, el responsable político del Estatuto de Cataluña, por consiguiente en Cataluña tenía hasta ese momento una gran aceptación. Octubre del 34 es que el mismo camino que siguen los socialistas de ruptura con la República porque piensan que la República ha caído en manos de los enemigos, lo sigue también la Generalitat Catalana y los republicanos catalanes. Es decir, Madrid ya no respeta la autonomía.

Es la conclusión, no digo que sea exacto, sino que es la conclusión a la que llegan. Entonces tantos socialistas como republicanos catalanes se encuentran alienados de la República y Hazaña intenta una operación que es unir de nuevo a los republicanos de izquierda, que él puede controlar, a los socialistas y a los catalanes para hacer una especie de manifiesto conjunto que creara una dinámica política nueva. Sería una especie de manifiesto como el que hizo el gobierno provisional de la República, es decir, no queremos nada con las instituciones, etc.

Pero en ningún caso una insurrección militar, es decir, una rebeldía armada más que militar, una insurrección armada por los socialistas o una declaración de la República Federal por los catalanes. Y ahí es donde se produce, para sorpresa de los que le encierran en aquel barco, la pasión de muchos sectores de la opinión pública española favorables a Hazaña. Es decir, tú dices ahí esa idea del descubrimiento, el comienzo de eso que se va a llamar el hazañismo, ¿no? Claro, porque Hazaña hasta el último momento, y por eso él está en Cataluña, hasta el último momento cree que es posible recuperar la coalición, la vieja coalición socialista republicana, y que esa coalición puesta en pie y unida y con una declaración fuerte evitaría el acceso de la seda al gobierno y cambiaría el rumbo de la política.

Entonces le cogen en Barcelona. Pero mientras la perpetuidad de los socialistas, quizá influidos por las experiencias de Alemania y de Austria, que la llegada de la seda era poco menos que el inicio del aplastamiento de cualquier... ¿Era una idea cierta o no? Diferente a los historiadores de derecha que han venido a decir que el problema fue que ese tipo de izquierda no llegó a entender las bases sociales de la seda. ¿Es verdad que había esa tendencia dictatorial en la seda o no? Había una tendencia dictatorial como había en el socialismo caballerista una tendencia insurreccional.

Pero entonces yo creo que aquí hay una comparación pertinente. Es decir, el Partido Socialista era tan leninista como la seda era tan nazi. Es decir, que la relación es prácticamente igual.

Yo pienso que es más de retórica y, en algunos casos, de ideología, de construcción ideológica, que de capacidad político práctica para llevar a fin sus objetivos. O sea, que la seda no hubiera establecido un sistema fascista en España. ¿Por qué razón? Porque era demasiado católica para eso.

Estaba demasiado impregnada por la jerarquía católica. Y la jerarquía católica era conservadora, tradicionalista, reaccionaria. Pero no era fascista en ese momento.

Y con los socialistas pasa igual. Es decir, podían intentar una insurrección, pero su leninismo no era tanto como para garantizar que esa insurrección iba a tener como resultado la toma del poder. Entonces yo creo que en la comparación de la seda con el nazismo o ver en la seda un peligro fascista, hay una exageración.

Hay una exageración. Entonces ahí entramos en lo que ocurre después del 34, el momento que le detienen a Zaña en Barcelona, los meses que pasan aquel barco, finales del 34 cuando salen. Y entonces llega el año 35 y ahí se produce una cosa que tú, amante del personaje en este libro que además está extraordinariamente bien escrito, dices la importancia que a Zaña da a la palabra y es el momento en que nada más y nada menos que quieren en el parlamento encausarle o por lo menos en el parlamento pedirle cuentas.

Y entonces él dice aquí que el parlamento es un lugar de la claridad y la palabra y a Zaña contesta. Esa contestación de Zaña en el parlamento y a la vez lo que significa para la opinión pública ese tipo de proceso a Zaña es el que de alguna forma va generando ese entusiasmo con el azañismo. Entonces tú dices que ahí la gente empieza a identificar república con a Zaña.

Claro. Empieza a pensar que si alguien representa la república, el proyecto republicano, la revolución popular es Manuel Azaña. Es Manuel Azaña.

Y ahí empiezan efectivamente, yo creo que está tanto en el artículo de claves como en el libro muy bien expresado, lo que van a ser los discursos de campo abierto. Porque tú insistes en que era una época en donde los políticos hacían mítines los domingos, por aquí iban mil, dos mil personas, en hoteles, teatros, a lo sumo en una plaza de toros, pero nada más y nada menos que llegar a un campo de deportes como el de Mestalla en Valencia o después llegar al campo de comillas en Madrid, que era una cosa inusitada, el entusiasmo que se produce. Entonces a mí parece muy interesante que tú digas que ya el castigo de Zaña estuvo en que una vez que él produce el entusiasmo, también se le diga que sea suyo.

Es decir, que se diga, van a apoyarle a usted, pero no por ser usted, sino que usted es puramente el mascarón de algo distinto, porque los españoles no son blancos, sino que son rojos. Comienza usted a ser rehén de esa especie de frase, de ese fantasma que comienza a recorrer Europa, que es el Frente Popular. ¿Pero por qué logra Zaña, a pesar de esas críticas, con esa apelación de nuevo a la república, volver a suscitar ese entusiasmo? Bueno, yo creo que hay dos motivos principales.

Uno es porque está claro que si la CEDA, acabo de decir, no creo yo que tuviera una organización para implantar un sistema fascista, es evidente que no era republicana. Es decir, que aunque era, bueno, la CEDA habría impuesto un sistema autoritario, conservador, católico, reaccionario. Y se veía, progresivamente, que la CEDA se hacía con el poder.

O sea, que los radicales se retiraban y el campo era cada vez más ocupado por la CEDA. O sea, que por el lado de la coalición en el poder, la república estaba perdida. La experiencia del 34 había demostrado que el republicanismo socialista era circunstancial.

¿Quién queda que defienda la idea de una república democrática y que vuelva otra vez a hablar el lenguaje de la Constitución y de la fidelidad a la Constitución? Zaña, evidentemente. Y Zaña cree que eso no tiene fuerza. Es decir, que eso ya en el país no tiene arraigo.

Y él se encuentra muy desesperado en las primeras semanas después de salir del barco. Pero, a medida que transcurren los días y las semanas y los meses, resulta que se crea una especie de oleada de entusiasmo en torno a su persona que él ve venir como un torrente, dice. Es decir, un torrente, te puedes montar en él o puedes ser llevado por el torrente y desaparecer.

Y, bueno, ahí toma la decisión de montarse sobre el torrente y conducirlo. Pero ahí ves tú que cuando comienza a hablar de liberar a la república de los malandrines que la tiene secuestrada. Eso es claro, que es el partido radical, el presidente de la república y la CEDA.

Pero hay otro punto. Pero entonces, y termino con lo del rehén, ¿no? Entonces ese movimiento tan espectacular, que son centenares de miles los que van aquí en Madrid a escucharle, pues la derecha no se lo cree. Es decir, ¿cómo es posible que este tipo al que estaba ya machacado, que no tenía nada, que lo habíamos podido meter en un barco y tener imprisionado, cómo es posible que este hombre de nuevo, otra vez... Y, bueno, la manera de atacarle era decirle, sí, usted convoca masas, pero esas masas no son suyas.

Claro, pero ahí viene el problema, decía, de la liberación de los malandrines que la tiene secuestrada. Sin embargo, esa república que había tocado todo. El estatuto de Cataluña, la reforma agraria, la política militar, la política religiosa.

Sin embargo, ¿en qué medida había tocado el fundamento socioeconómico del régimen? Es decir, ahí viene el problema de la utopía de Manuel Azaña, de Araquistain. Es decir, en el momento que él tiene ese entusiasmo popular, digamos, los socialistas de izquierda de Araquistain dicen, bueno, esto son ilusiones democráticos de masas que tiene de vez en cuando, pero hay que dejar pasar esto porque llegará el momento posterior, el momento revolucionario. Pero ¿se podían conciliar las clases? Ahí es donde va a venir el problema.

Yo creo que habría sido una cuestión de tiempo. Es decir, que no se pasa de un estado liberal oligárquico, como era el estado monárquico de la restauración, a un estado plenamente democrático sin una temporada de tensiones y de luchas políticos sociales fuertes. La cuestión consiste en saber hacia dónde iba la república.

Si hacia una esasperación de la lucha de clases o del enfrentamiento, reacción, revolución, o iba hacia una obtención de mayor consenso en capas cada vez más amplias de la sociedad. Mi impresión es que si la república hubiera tenido más tiempo, es decir, si no se hubiera cortado en la primavera del 36, se estaban edificando las bases para ampliar el consenso democrático en España. Porque el Partido Socialista retornaba a la legalidad de nuevo.

En el Partido Socialista evidentemente había una lucha interna muy fuerte, pero los que defendían la democracia y la república se dejaban ya huir de nuevo y sin ningún complejo. El anarquismo había experimentado la insurrección y había fracasado reiteradamente y no estaban de nuevo para montar otra insurrección. Y en la derecha, que es lo más importante creo en este caso, en la derecha aparecían voces, sectores de la seda, que ya propugnaron muy directamente y muy positivamente y de manera explícita el reconocimiento de la república.

Es decir, bueno, nosotros aceptamos la república. Llega a decir un sector muy importante de la seda, cosa que no habían dicho nunca hasta 1936. Entonces yo creo que no era una utopía, sino que era un proyecto que habría necesitado más tiempo para acogerse.

¿Por qué no aguanta Azaña en ese momento, él al frente del gobierno? Esa es una cuestión... Porque ahí termina el libro explicando lo que significa ese discurso al que hacíamos referencia en el programa anterior, donde desde la seda los comunistas todos le aplauden y donde es Prieto el que le dice, no sé si horas después o días después, le dice, bueno, esto ha sido una especie de ensoñación mágica, que todo el mundo ha quedado encantado, pero los problemas siguen ahí, siguen reales. Y entonces esa especie de frase de Azaña dice, es que no me lo merezco ser presidente de la república. Porque claro, eso ha planteado de nuevo una cantidad de cosas.

Tú hoy te refieres a una cosa interesante, ¿no?, que es esto de Marichal. Que Marichal dice que una vez le dijo en el exilio a Pakistán, fíjese usted, nosotros queríamos quemar para después quemar a Azaña, y tú dices, bueno, eso parece que se dan demasiadas autoinculpaciones a los socialistas de izquierda. Pero si no había nadie representativo de esa capacidad, y si por otro lado había esa dificultad para que hubiera sido Prieto dado las tensiones, ¿no fue un poco irresponsable abandonar el barco gubernamental? Bueno, esa es una cuestión política de primera magnitud.

¿Por qué Azaña abandona el gobierno y pasa a la presidencia de la república? La interpretación de Araquistáin a Marichal a mí me parece que no se sostiene en absoluto en todo lo que la izquierda socialista está haciendo en ese momento. No es su candidato, claramente. Combaten la candidatura de Azaña hasta el último momento, y luego Araquistáin, 20 años después, le dice estas cosas a Marichal, pero yo creo que eso es un recuerdo autoinculpatorio que no se sostiene en la realidad.

No es lo que está haciendo Araquistáin en esos momentos. Entonces, esa explicación conspirativa de que la izquierda socialista le empuja para después cargársela, yo es que no le concedo el más mínimo crédito, sinceramente. Lo he discutido con Marichal alguna vez, y no le

concedo el más mínimo crédito.

Hay otra, que es que Azaña, cobardón y tal, pues ve el lío que está formado y se va. Y ve y abandona. Bueno, este es un tipo de explicación psicológica que tampoco explica políticamente lo que está ocurriendo.

Yo creo que Azaña aquí hace un juicio, un juicio político, que resulta erróneo, pero resulta erróneo después, que no sabía nadie que iba a ser erróneo. Hace un juicio político que consiste, si yo, presidente del gobierno, fracaso, después de mí no hay nada. Después de mí hay el fascismo, barbarie, se cae, la república se cae.

Si yo, presidente del gobierno, paso a presidente de la república, puedo, con la autoridad que le da la presidencia, puedo ensayar diversas fórmulas gubernamentales y ampliar la base de la república. ¿Qué significa eso concretamente en ese momento? Que el gobierno es estrictamente republicano, y un gobierno sólo republicano es un gobierno débil. Azaña lo que pretende es construir un gobierno de nuevo, de una amplia coalición, que podría ir, por decirlo con personajes, de Prieto a Jiménez Fernández.

Es decir, del ala moderada del Partido Socialista al ala más liberal y democrática de la CEDA. Y esa operación sólo podía él dirigirla si era presidente de la república, y llamaba a Prieto para que fuera presidente del gobierno. Con lo cual se volvería a reconstruir la coalición republicano-socialista, la república quedaría sentada en una coalición de partidos mayoritaria, y por consiguiente la posibilidad de gobernar estaría mucho más clara que si él se mantenía en la presidencia del gobierno.

Ese creo que es el juicio que él hace, el juicio político. Bueno, puede unir también su obsesión personal, la que bajó en el nicetismo, que también él pensó que fue muy prejudicial. Lo que hay de erróneo en ese juicio es que él piensa que eso abre el camino al futuro, pero lo que hay de erróneo creo que es que él no ve que el peligro no es futuro sino inminente, que el peligro estaba a la vuelta de la esquina en el golpe militar.

Y a eso es a lo que no presta ninguna atención. Y el hecho de irse a la presidencia de la república le impide ver que la república puede caer, pero no a largo plazo, sino a la semana siguiente. Bueno, agradecemos profundamente al profesor Santos Juliá su presencia en estos dos programas de nuestra revista de filosofía, donde hemos pasado de la especulación más filosófica directamente a la investigación histórico-política tan imprescindible para cualquier estudioso de la filosofía.

Muchas gracias. Bueno, pues tenemos que despedir el programa, un programa que se ha ocupado hoy, al igual que la pasada semana, de la figura de Manuel Azaña, y se ha ocupado de la figura de Azaña a través de un libro, un libro que acaba de sacar la editorial Alianza, un libro del profesor Santos Juliá que se titula Manuel Azaña, una biografía política. Gracias al profesor Juliá que nos ha acompañado estas dos últimas semanas y gracias también a Antonio Santes Masis.

Aquí cerramos por hoy Revista de Filosofía. El próximo miércoles volveremos a la misma hora.